

# En Ciego de Ávila: Alquimia de una escuela

Si a Yordanis Marín Mejías alguien le hubiera dicho seis años atrás que sería maestro, probablemente le hubiese soltado una sonrisa burlona en plena cara. En ese entonces, no imaginaba que la que creía su formación vocacional bien definida terminaría traicionándolo para dejarle como única opción la Escuela Pedagógica Raúl Corrales Fornos, de Ciego de Ávila, mientras el curso escolar ya descontaba calendario.

Hasta él se sorprendió cuando, luego de su primera visita, llegó a la casa diciendo que no sabía si quería ser pedagogo, pero si de algo estaba seguro era de querer estudiar en una escuela como esa. Ese día lo habían conquistado el orden de un lugar en el que, a pesar de sus pasillos tumultuosos, no había cabida para el bullicio, y la confianza inspirada por los profesores que, en pocos meses, hicieron el resto.

“Desde el principio me dieron una atención diferenciada porque empecé atrasado y eso me fue cautivando aún más. Lo otro fue esa visión de que la escuela no era solo un centro para estudiar, aunque el estudio es lo más importante, sino también para recrearse, conocer nuevas amistades, e

incluso, para enamorarse.”

Sin ni siquiera proponérselo terminó siendo el mejor estudiante de su graduación. Llegaba así la hora de decir adiós a aquel sitio al que casi llegó por casualidad y del que se despedía un maestro primario con “un deseo incalculable de siempre volver”.

Solo un curso escolar bastó para regresar a los pasillos y las aulas que hoy conoce de memoria. Alguna que otra vez ha contado su historia a sus alumnos, los mismos a los que busca contagiar con ese orgullo incapaz de disimular cuando, a sus 21 años, alguien le dice “profe”.

Como Yordanis, otros tres jóvenes en formación, también egresados de este plantel, integran el claustro de la Raúl Corrales Fornos; una escuela que en la actualidad bien podría presumir de haber tenido este septiembre el mayor ingreso de estudiantes (241) en toda su historia, sin embargo, prefieren no cantar victoria hasta verlos graduados y frente a un aula, para ver si algún día, por fin, la cobertura docente en Ciego de Ávila muestra una mejor cara.

De ahí que Madeley Sánchez Llanes, su directora, suena inconforme cuando expone que “se ha logrado crecer en los indicadores, sobre todo en el ingreso, pero todavía no podemos sentirnos

satisfechos”.

## **Llegar para quedarse**

Dos cursos atrás, más de la mitad de los educandos que llegaban a la Escuela Pedagógica de la capital provincial terminaban marchándose antes de graduarse. Muchos apenas culminaban el primer año. Hoy, si bien la retención en el ciclo sigue preocupando, al menos al cierre del pasado período lectivo mostró síntomas de mejoría al superar los 50 puntos porcentuales.

Si antes habían estado lejos de ese resultado era porque, como explica Madeley, “se deterioraba mucho la retención en el primer año y después no había cómo trabajar en los siguientes”.

Por eso allí han comprendido que más que en los alumnos continuantes, el reto está en quienes entran para asegurar su permanencia. La fórmula que parece estar empezando a rendir sus frutos está en “darle mayor seguimiento a los de nuevo ingreso para que se adapten y quieran estar en el centro”.

No obstante, primero se necesita que opten por el magisterio y con ese objetivo ha llegado hasta las secundarias básicas de los municipios

el Grupo de trabajo de formación y orientación profesional pedagógica, que nació el curso pasado. A través de él la Raúl Corrales se ha dado a conocer en voz de escolares y profesores, muchos de los cuales integran el Proyecto Más, encargado de llevar el arte hecho por los futuros docentes a estos lugares.

“Muchos de los que están iniciando se interesaron a través de esa vía”. Otros llegaron mediante las Puertas Abiertas, como es el caso de Serguey Febles Navarro, quien desde su octavo grado tenía claro que quería ser maestro de Matemática y este año inició la especialidad. Aunque ello implicó irse lejos de casa, confiesa que el proceso de adaptación transcurrió sin dificultades, pues el ambiente y las condiciones del plantel así lo permitieron.

Y fue una dicha que lo hiciera si se tiene en cuenta que de las siete especialidades que se cursan en la escuela pedagógica de la ciudad cabecera, Matemática es la de más bajas incorporaciones. No así Física, que tiene mucha aceptación, lo cual, como detalla la directora, “tiene sus pros y sus contras, dado que se sobrecumplen los planes de ingreso, pero también está la calidad de algunos estudiantes, que cuando se enfrentan a las clases causan baja por promoción”.

Reconoce Sánchez Llanes que ese es otro de los pendientes a superar si se quiere elevar la retención. Se lo confirman las cifras de los que desertan al concluir el curso porque desaprueban y después no quieren repetir.

En eso mucho ayudaría que el magisterio dejara de ser la última de las opciones para quienes no tienen otra alternativa al continuar estudios. Es cierto que a la institución también le corresponde comprometerlos con la profesión, pero todo sería más fácil si no hubiera que suplir carencias de enseñanzas anteriores. Y aunque a la Raúl Corrales todavía llegan los desinteresados por la docencia, su directora prefiere sentirse optimista ante el ligero incremento de quienes, desde el primer momento, tienen claro el querer ser maestros.

### **Escuela-Familia: Binomio perfecto**

A Maricela Blanco Medina pocos cuentos pueden hacerle de la escuela pedagógica. Una década como profesora allí pesa lo suficiente como para no alejarse de ella y sus muchachos, por más que las enfermedades se empeñen.

Tal vez resulta ese uno de los motivos por el que algunos de sus compañeros le preguntan cómo hace para echarse a los padres de sus alumnos

en un bolsillo. A lo que siempre responde igual: “he sabido dialogar con ellos y cuando se ha presentado un problema en el aula me han ayudado. Hasta ahora he tenido el respaldo de los padres en todo momento”.

Por ello pocos se asombraron el pasado 4 de abril mientras en el aula de Maricela un grupo de madres actuaba y recitaba para sus hijos. Este tiempo frente al aula le ha demostrado que “la razón de ser de un maestro son sus alumnos” y así se lo ha transmitido a sus estudiantes.

Al menos ese es el mensaje que se infiere al escuchar a Lídice Zurita Echeverría, quien cursa el tercer año de Maestro primario y no le han faltado los que cuestionen su decisión de estudiar magisterio ni el apoyo de sus padres.

Poco tiempo le resta para llegar a las aulas, aunque antes lo ha hecho durante sus prácticas laborales, y desde ya habla del ejemplo que debe ser un educador en el aula para conquistar el respeto de sus discípulos.

No la deja mentir Yordanis al considerar que el respeto en un aula no se impone, sino que se gana desde el ejemplo personal que dé el maestro, la forma en que se dirige a sus estudiantes y la preparación que tenga para dirigir el proceso de enseñanza-aprendizaje. Al menos esa ha sido la

fórmula que le ha funcionado a él en sus escasos años como educador.

Por primera vez en sus cuatro años al frente de la escuela, si de algo no tiene que preocuparse Madeley este curso es de su claustro. La incorporación de 12 docentes este período lectivo le permite descontar preocupaciones a su responsabilidad. A ello, Yordanis suma la unidad de un colectivo donde, a pesar de las diferencias de edades, juventud y experiencia han sabido conjugarse muy bien.

Entonces comprendes la cara de satisfacción de sus profesores cuando Yoel Yunior Coello Pérez, alumno de tercer año de Maestro Primario, relata con todo el entusiasmo del mundo las anécdotas de aquellas prácticas en las que su tutora se ausentó por enfermedad y él asumió la docencia, mientras conquistaba a los pequeños y a sus padres allá en su natal Júcaro.

Porque sin que apenas lo noten, a fuerza de entrega y paciencia, tiene lugar la transformación, hasta que un día, como cuenta Madeley, “el maestro en el que se han convertido te sorprende”.

Tomado de Periódico Invasor. Por Grether Martínez Segura  
Fotos: Alejandro García